

Exploradores de la verdad

Claustro académico, autoridades, familiares y amigos y, sobre todo, queridos doctores, queridas doctoras. La realización de la tesis ha sido con frecuencia descrita como una **montaña rusa emocional**. De la ilusión de tener un tema de investigación, a la duda sobre si la cuestión tiene la suficiente entidad; del entusiasmo de los primeros resultados, al estancamiento o la frustración de ver que no se avanza como uno quisiera. Y así hasta el final, hasta que descubres con horror que no hay tesis sin erratas en la última versión impresa (lo digo por experiencia propia). Además, a diferencia de otras etapas formativas en las que el comienzo, los pasos intermedios y el final están bien definidos, la tesis comienza, sí, pero uno no sabe nunca del todo en qué punto se encuentra o cuándo va a llegar el final. Tampoco hay pruebas de evaluación que nos permitan saber con relativa objetividad cómo vamos. Una de las preguntas más temidas que os habrán hecho -y os habréis planteado también vosotros- es ese ¿cómo vas con la tesis? Pues bien, todo eso está superado ¡sois doctores y doctoras! Y hoy es el momento de celebración por excelencia, sin los nervios y la tensión del día de la defensa de la tesis y con toda la comunidad académica y vuestras personas queridas acompañándoos y agradeciendo con vosotros el fruto de estos años y la transformación personal que habéis experimentado en este tiempo.

Porque la tesis nos cambia. Al pensar en vosotros en estos pasados días me venía a la mente una expresión que podría definir ese cambio: sois, habéis llegado a ser, “**exploradores de la verdad**”. Me gusta la palabra *explorador* porque remite a esos personajes -Admunsen, Hillary, Livingston y Stanley y tantos otros- que seguramente nos han fascinado en nuestra infancia. Personas que se proponían ascender una cima o cartografiar un desierto o encontrar el nacimiento de un río o comprobar una teoría, siempre impulsados por el deseo de llegar ahí donde nadie había llegado antes. La incertidumbre y el riesgo al fracaso son compañeros de viaje de los exploradores, y la historia muestra que para llegar a su objetivo con frecuencia tuvieron que hacer grandes sacrificios y superar muchos obstáculos. Pero, como habréis experimentado vosotros en esa exploración que es la investigación, **el impulso por descubrir** fue más fuerte

que todas las dificultades que se fueron encontrando. Y es que los exploradores buscan no tanto el reconocimiento exterior como satisfacer un impulso que nace de dentro.

Esto nos conduce al otro término de la expresión, el objeto de esa búsqueda infatigable: **la verdad**. Tal vez podéis pensar que la palabra es demasiado grande para el trabajo investigador concreto y específico que habéis llevado a cabo. Investigar es, en efecto, **abordar las preguntas que todavía nadie ha formulado y buscar las respuestas con rigor, con método**, en un trabajo exigente que hace avanzar el conocimiento en un área muy definida. La investigación es necesariamente especializada y eso puede hacernos perder de vista que toda verdad, por elemental y limitada que sea, forma parte de la verdad en singular. Y ahora me remito a vuestra propia experiencia. Estoy segura de que todos habéis experimentado en mayor o menor medida cómo esa verdad, pequeña o grande, alcanzada por primera vez por vosotros os llenaba no solo la cabeza sino también el corazón, daba alas a vuestra alma, os encendía en deseos de saber más, de profundizar más, de abarcar más. Hay una especie de desproporción entre el hallazgo y el eco que deja en nosotros. ¿Cómo se explica? Dejemos que un filósofo, el profesor Leonardo Polo, nos dé la pista. En su libro “Quién es el hombre”, explica: **“el acontecimiento de la verdad es efectivamente el gran acontecimiento; (...) la verdad es bella; la belleza es el esplendor mismo de la verdad, que surge resplandeciente en el camino de la vida”**. La verdad nos sale al encuentro y tiene la capacidad de llenar de luz nuestra vida, de darle libertad y esperanza. Así que podemos considerar esa experiencia de sentirnos conmovidos por un hallazgo como una señal y una invitación.

- Es **una señal** que apunta a que todas las verdades están interconectadas, de modo que alcanzar la más pequeña verdad experimental -por ejemplo, que una quinasa fosforila a un factor de transcripción-, es como activar una terminación nerviosa que comunica con verdades que llegan hasta las verdades más centrales, las que son capaces de iluminar y dirigir la vida.

- Es también **una invitación** que podemos formular del siguiente modo. Vuestra experiencia investigadora de estos años puede quedarse en un suceso aislado, en una capacitación profesional que os abra nuevas posibilidades o que enriquezca vuestro currículum. Pero también puede ser el camino hacia algo más. Si reconocéis ese resplandor, lo que ha sido inicialmente una experiencia académica puede **desbordarse en las demás dimensiones de la vida y transformaros en personas que buscan la verdad** con sus palabras, con sus pensamientos, con sus acciones, con sus decisiones profesionales. En definitiva, estamos invitados a que la Verdad en singular y con mayúscula, esa que por la fe sabemos que se identifica con Dios, sea algo a lo que aspiremos y sirvamos.

Vivimos en un tiempo marcado por la duda y el escepticismo, de falsedades que se consideran con interés y se propagan porque impactan o emocionan. La verdad es, tal vez, más difícil de alcanzar, y por eso los exploradores de la verdad sois más necesarios que nunca. Os necesita la sociedad, para poder **profundizar sin sesgos en los problemas y encontrar soluciones justas, os necesitamos todos para crear una gran red de confianza** que sostenga a las personas y a las instituciones y las inmunice contra los riesgos del engaño y la superficialidad. Doctores, doctoras, en este día que marca una nueva etapa en vuestras vidas, os animo a servir siempre a esa verdad que habéis aprendido a amar en estos años.

Muchas gracias.